

SOMOS COLABORADORES DE DIOS — CREADOS EN CRISTO PARA
BUENAS OBRAS

ENSAYO 2: DIOS NOS DA PODER —
SU EVANGELIO EN LOS MEDIOS DE GRACIA DA EL PODER PARA UNA
VIDA AGRADABLE A DIOS.

DR GOTTFRIED HERRMANN

ZWICKAU, ALEMANIA

PRESENTADO A LA REUNIÓN TRIENAL DE LA CONFERENCIA
EVANGÉLICA LUTERANA CONFESIONAL 2014

LIMA, PERÚ

0. Introducción

Los luteranos damos mucha importancia a decir que somos justificados ante Dios sólo por gracia, por causa de Cristo mediante la fe. Ése es el corazón y el alma de nuestra fe. De una manera perfectamente clara, la Biblia dice: Dios nos justifica “*por la fe, y no por las obras que la ley exige*” (Rm 3:28).

Sin embargo, también sabemos que Dios espera que vivamos conforme a su voluntad. Debemos llevar una vida santa. No es por accidente que Dios hizo escribir cuatro veces estas palabras en la Biblia: “*Sean santos, porque yo, el Señor su Dios, soy santo*”. Están escritas no sólo dos veces en el Antiguo Testamento (Lv 11:45 y 19:2), sino que también se citan con aprobación dos veces en el Nuevo Testamento (Mt 5:48, 1 Pd 1:16).

Dios nos salvó por el perdón que Jesucristo ha adquirido para nosotros. Por su gracia hemos nacido de nuevo como nuevas personas que con gusto desean servir a Dios. Eso es también lo que dice el tema de nuestra conferencia: “*Somos hechura de Dios, creados en Cristo Jesús para buenas obras*” (Ef 2:10).

1. El Espíritu Santo como Creador

Pero entonces surge la pregunta: ¿Cómo logra Dios que nosotros, como personas que han renacido, vivamos de una manera que sea agradable a él (por ejemplo, Tito 2:11-14)? También aquí la Biblia nos da una respuesta clara: Lo hace por medio del Espíritu Santo. El Espíritu Santo nos lleva a Cristo, despierta en nosotros la fe salvadora. (Eso fue lo que el primer ensayo examinó en detalle). Él nos quiere preservar en la fe hasta nuestro bendito final. A toda esa obra del Espíritu Santo la llamamos “santificación” (en el sentido amplio).

A eso pertenece también lo que llamamos “la santificación en el sentido estricto”. Nos referimos con ello a la labor que realiza el Espíritu Santo en los creyentes: los “santifica” fortaleciéndolos en la lucha contra el pecado y la tribulación. Y les da el poder para hacer “buenas” obras, es decir, para obras que no sólo aparecen como buenas delante de la gente, sino que también son buenas a los ojos de Dios —buenas obras que ocurren por el amor y la gratitud a él.

Todos los cristianos están de acuerdo en que la santificación es obra del Espíritu Santo. Por medio de la fe, él nos hace ramas de Cristo, que es la Vid, y de esa manera hace que demos fruto. Porque el Señor mismo les dijo a sus discípulos: “*Yo soy la vid y ustedes son las ramas. El que permanece en mí, como yo en él, dará mucho fruto; separados de mí no pueden ustedes hacer nada*” (Jn 15:5).

Eso significa que, sólo cuando una rama permanece en la vid, puede producir fruto. Se necesita la savia con los nutrientes que se extraen de las raíces para poder producir y desarrollar las uvas. Cuando el suministro se corta, la rama se marchita rápidamente; se vuelve inútil, cae al suelo, y se seca.

Así es también con la fe. Sólo cuando estamos conectados a nuestro Salvador Jesucristo puede permanecer viva la fe. La fe necesita un nuevo alimento cada día para no morir. Ese alimento proviene de la raíz, del propio Salvador. Él nos redimió por medio de su muerte en la cruz y por medio de su resurrección. Esta redención llega a ser nuestra por medio de la fe, que nos libera “*de la vida absurda que heredaron de sus antepasados*” (1 Pe 1:18).

2. El Espíritu Santo obra a través de medios

No hay ninguna discusión entre los cristianos, como ya dijimos, en cuanto a que el Espíritu Santo efectúa nuestra santificación. Pero cuando uno se pregunta cómo produce el Espíritu Santo los frutos de fe en nosotros los cristianos, comienzan las discusiones. ¿De qué manera lo lleva a cabo? ¿Cómo lo hace?

En estos días, en el mercado de los libros y en internet, hay muchas publicaciones que se ocupan del tema. Ahí se pueden escuchar muchos consejos que parecen bien intencionados y piadosos. Por ejemplo, a la gente le gusta citar las palabras de Dwight L. Moody: “Dios nos quiere llevar a su servicio. El Espíritu Santo tiene que darnos el poder para ello. Él nos da ese poder cuando se lo pedimos”.

O hay personas que dicen: Dios le habla a la gente; sólo tenemos que escuchar con atención. Así escucharemos su voz, por ejemplo, en una pieza de música, en un paseo por el bosque, en reuniones con otras personas... Sólo tenemos que pedirle a Dios con fervor, así él nos va a dar lo que queremos tener. ¿No nos ha prometido: “El que pide, recibe”? Esos son consejos bien intencionados. Pero, ¿el Espíritu Santo llega realmente a la gente de esa manera? ¿Baja sencillamente del cielo y llena a una persona o a un grupo de personas, si simplemente ora lo suficiente pidiéndole eso?

Sin lugar a dudas él lo puede hacer. Si Dios quiere, puede sencillamente permitir que su Espíritu haga su obra de manera directa; pero ésa no es la manera normal. Y eso es bueno, porque si así fuera, andaríamos sin rumbo, y nunca sabríamos con seguridad dónde lo podríamos encontrar. No, nuestro Dios es tan misericordioso que nos ha dicho claramente dónde quiere darnos su Espíritu, por medio de quien creemos en Jesús y lo llamamos Señor nuestro (1 Co 12:3). Esa fe se enciende en nosotros por medio de la Palabra de nuestro Dios. “Así que la fe viene como resultado de oír el mensaje, y el mensaje que se oye es la palabra de Cristo” (Rm 10:17). Ésa es la manera que Dios mismo ha indicado.

Eso se puede comparar con el alimento corporal. Como Creador de este mundo, Dios podría también sostener nuestro cuerpo de manera inmediata, sin que tuviéramos que comer todos los días. Pero ésa no es la manera como quiso hacerlo; no lo dispuso de esa manera. Al contrario, preserva nuestra vida física poniendo a nuestro alcance los alimentos en esta tierra.

También para la vida espiritual, para el sustento de nuestro nuevo hombre, él nos da el alimento necesario. Lo hace por medio de su Palabra, que nos ha confiado en la Sagrada Escritura. Ése es el camino que Dios estableció para que lleguemos a la fe en el Salvador y permanezcamos en la fe. Quienquiera que busque el Espíritu de Dios en otros lugares se encuentra en peligro de ser víctima de las tentaciones del diablo, y de

desviarse de la fe. Eso sucede con frecuencia entre los entusiastas. Martín Lutero advierte muy enfáticamente contra eso en sus Artículos de Esmalcalda.

Y en estas cosas que conciernen a la palabrea oral, exterior, hay que mantenerse firmes en el sentido de que Dios no da a nadie su gracia o su espíritu si no es con o por la palabra previa y exterior, de modo que estemos prevenidos frente a los entusiastas, esto es, espíritus fanáticos que se jactan de tener el espíritu sin y antes de la palabra y después juzgan, interpretan y entienden la Escritura o la palabra según su deseo... Todo esto es el diablo o la antigua serpiente que hizo a Adán y Eva entusiastas, que los llevó de la palabra externa de Dios a una falsa espiritualidad y a opiniones propias. No obstante, lo hizo, también mediante palabras externas, pero de otra índole, de la misma forma como nuestros entusiastas condenan la palabra externa, pero ellos mismos no callan, sino que llenan el mundo entero de sus habladurías y escriben, precisamente como si el espíritu no pudiera venir mediante la Escritura o la palabra externa de los apóstoles, sino que debiese venir mediante los escritos y palabras de ellos. Por este motivo, ¿por qué no se abstienen tampoco de predicar y escribir, hasta que el espíritu mismo venga a la gente sin y antes de sus escritos, puesto que ellos se jactan de que el espíritu ha venido hacia ellos sin la predicación de la Escritura?¹

3. El poder lo da el evangelio, no la ley

Hasta aquí hemos oído que el Espíritu Santo viene a nosotros por medio de la Palabra de Dios. Y con esto no nos referimos a algún tipo de incierta voz interior que una persona afirme que ha escuchado. Dios nos ha comunicado esta Palabra de él en forma escrita en la Biblia. Las Santas Escrituras nos muestran cuál es la voluntad de Dios; en ellas aprendemos lo que le agrada a Dios y qué son “buenas obras” delante de sus ojos.

Con este propósito, por ejemplo, también nos fueron dados los Diez Mandamientos. El profeta Miqueas lo resume de esta manera: “¡Ya se te ha declarado lo que es bueno! Ya se te ha dicho lo que de ti espera el Señor: Practicar la justicia, amar la misericordia, y humillarte ante tu Dios” (Mq 6:8).

Aquí la distinción entre ley y evangelio se hace importante. Muchos cristianos se imaginan que si el Espíritu Santo obra en el corazón de los seres humanos por medio de la palabra de la Biblia y lleva a los creyentes a una vida agradable a Dios, entonces todo está claro. Entonces, todo depende de la observancia de los mandamientos de Dios delante de la gente. Luego reconocen su pecado y son llamados al arrepentimiento. Aprenden cómo deben vivir para que Dios se agrade de ellos.

Voy a explicar este error con un ejemplo. Hace unos años, un joven me dijo: “Éste es nuestro problema como luteranos: predicamos mucho evangelio, pero nuestros oyentes ya lo han conocido desde hace mucho tiempo. Debemos decirles concretamente lo que se supone que deben hacer. Eso es lo que la gente necesita”.

¹Libro de Concordia. St. Louis: Editorial Concordia. Artículos de Esmalcalda, III, Artículo VIII, Par. 3-6, p. 324.

Eso fue bien intencionado, pero se basa en un error muy extendido en el razonamiento de la gente. Es pensamiento humano, tal vez incluso correcto de manera lógica y pedagógica. Pero nuestro Dios, obviamente, piensa de manera diferente. A él le gusta que sus hijos le sirvan no por obligación ni por miedo al castigo, sino de buena voluntad y con mucho agrado. Debemos hacer “buenas obras” por amor a nuestro Salvador y Redentor, no por miedo y bajo presión. Deberíamos servirle no como esclavos, sino como hijos amados. El Apóstol Juan dice correctamente: “*En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor* (1 Jn 4:8).

En este sentido, nos encontramos con ideas erróneas también en muchas comunidades espirituales, que requieren de sus miembros ciertas obras, como por ejemplo las ofrendas en la cantidad del diezmo del Antiguo Testamento. Y de esa manera alcanzan “resultados” asombrosos, como por ejemplo los magníficos edificios que ostentan los mormones. Pero, ¿por qué motivos ocurren esas obras?

La ley de Dios con sus instrucciones concretas resulta muy atractiva para la gente. Está de acuerdo con nuestras ideas pedagógicas: se establece una meta y se nos muestra cómo la podemos alcanzar. Nada es mejor para la gente que cuando puede hacer algo por sí misma (la mentalidad de *hágalo usted mismo*). ¿Y no dijo Dios mismo a los israelitas: “*Observen mis estatutos y mis preceptos, pues todo el que los practique vivirá por ellos*”? (Lv 18:5). Lo que la gente lamentablemente no reconoce es que la ley no puede en absoluto lograr lo que esperamos de ella.

Ése es el camino también en la conversión. Nadie nace de nuevo por el Espíritu Santo a través de la ley. “*Mediante la ley cobramos conciencia del pecado*” (Rm 3:20). Eso es lo que puede lograr la ley; nos muestra cuánto y con qué frecuencia estamos en contra de la voluntad de Dios. Eso es absolutamente necesario para nosotros los pecadores, pero no lleva a un pecador a empezar a amar a Dios. Si una persona entiende y reconoce sus pecados, que Dios está airado por ellos, eso no la lleva a amar a Dios. Todo lo contrario, lo aborrecerá porque Dios exige de las personas lo que no pueden lograr en absoluto. El apóstol Pablo dice esta verdad: “*La ley, en efecto, acarrea castigo*” (Rm 4:15).

Sólo el evangelio puede abrir el corazón de una persona y despertar la fe y la confianza en Dios. Sólo cuando la persona experimenta por primera vez el infinito amor con el que Dios nos busca a los pecadores, y experimenta cómo nos da Dios el don de su gracia y del perdón de los pecados por medio de la fe en su Hijo Jesucristo, entonces se despertará en su corazón el amor por su Dios.

La santificación en la vida cristiana ocurre de manera similar. En su ley, Dios nos muestra su voluntad, pero por medio de ella no nos da todavía el poder ni la capacidad para hacer su voluntad. Ese poder viene del evangelio. El que escuche del amor con el que el Dios todopoderoso se acerca a nosotros los pecadores en su Hijo —como el padre en la parábola del hijo perdido— será conmovido por esa realidad. Sólo puede inclinarse en adoración y confesar con el escritor de himnos Paul Gerhardt:

Del cielo Tú has venido, Movidio por tu amor. Tu trono bendecido Dejaste,
y su esplendor, Y al mundo y su miseria — Tan lleno de dolor — Visitas en
tu gracia Y colmas de favor. (*Culto Cristiano* 421:5).

Esto tiene que ver con la enorme diferencia que existe entre ley y evangelio. Se puede ilustrar bien con un ejemplo en qué consiste esa diferencia.

[La ley es] como el mapa de caminos. El mapa puede mostrarme cómo viajar de Chicago a Miami, pero si mi automóvil no tiene gasolina, no voy a ir a ninguna parte, no importa que el mapa me indique claramente el camino. Así también, sin la fuente del alimento del evangelio, el cristiano no irá en la dirección que la ley indica.²

El “combustible” para vivir como cristiano es algo que Dios nos da como un regalo por medio del evangelio, no por la ley. A través de las buenas noticias de la gracia de Dios, él nos da el poder para vivir de acuerdo con su voluntad y su mandato. Conmovidos por su amor, no podemos sino hacer con alegría y gratitud lo que Dios quiere obtener de las personas.

Nuestra Confesión Luterana dice acerca de esto:

Pues la ley dice por cierto que Dios desea y ordena que andemos en novedad de vida, pero no concede el poder y la capacidad para empezar a realizar esa nueva vida. En cambio, el Espíritu Santo, que es dado y recibido, no por medio de la ley, sino por medio de la predicación del evangelio (Gá. 3:2, 14), renueva el corazón. Después de esto el Espíritu Santo utiliza la ley para instruir a los regenerados y mostrarles mediante los Diez Mandamientos en qué consiste la buena voluntad de Dios (Ro. 12:2), y qué buenas obras Dios ha preparado para que anden en ellas (Ef. 2:19). El Espíritu los exhorta, pues, a las buenas obras; pero si en lo que respecta a estas obras son perezosos, negligentes y rebeldes por causa de la carne, los reprueba por medio de la ley. De manera que el Espíritu Santo realiza al mismo tiempo dos oficios en los hombres: Los atribula y los vivifica, los arroja al infierno y los vuelve a sacar del infierno (1 S. 2:6). Pues su oficio consiste no sólo en consolar, sino también en reprobarnos, según está escrito, Juan 16:8: “Cuando él (el Espíritu Santo) venga, convencerá al mundo (que también incluye al Viejo Adán) de pecado, de justicia y de juicio”. El pecado empero es todo lo que se opone a la ley de Dios. San Pablo declara (2 Ti. 3:16): “Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir”, etc., y reprender o reprobarnos es el oficio peculiar de la ley. Por lo tanto, cuantas veces tropiecen los creyentes tantas veces son reprobados por el Espíritu Santo por medio de la ley, y por el mismo Espíritu son edificados y consolados otra vez mediante la predicación del evangelio.³

4. ¿Dónde hallamos el evangelio?

² Lyle Lange, *La Santificación—Vivo en Cristo: Enseñanzas de la Biblia Popular*, Milwaukee: NPH 2005, p. 87.

³ Libro de Concordia. St. Louis: Concordia, 1989. *Fórmula de Concordia, Declaración Sólida*, VI, 11-14, p. 611.

El Espíritu Santo nos lleva a la fe por medio del evangelio. Eso es lo que hemos escuchado hasta ahora. Pero el Espíritu Santo no se limita a dar el impulso para arrancar el motor —para seguir en la comparación con un automóvil. No, por medio de la buena noticia de Cristo el Salvador, él también nos da el combustible que mantiene el motor en marcha. Pero ¿de dónde sacamos ese combustible? ¿Dónde podemos “llenar el tanque”?

Para eso, Dios nos ha dado su Palabra y los sacramentos. La Confesión de Augsburgo dice en el artículo 5: “Para conseguir esta fe, Dios ha instituido el oficio de la predicación⁴, es decir, ha dado el evangelio y los sacramentos. Por medio de éstos, como por instrumentos, él otorga el Espíritu Santo, quien obra la fe, donde y cuando le place, en quienes oyen el evangelio. Éste enseña que tenemos un Dios lleno de gracia por el mérito de Cristo, y no por el nuestro, si así lo creemos”.⁵

Aquí vuelvo al tema 2. El Espíritu Santo obra en las personas en este mundo a través de medios. La iglesia luterana los llama “medios de gracia”, porque a través de ellos se nos comparte y se nos asegura constantemente la gracia de Dios.

En la Palabra

Lo primero que hay que mencionar aquí es la Palabra de Dios. Dios no hace que las noticias salvadoras de Cristo se nos comuniquen por medio de señales poco claras (símbolos) ni por imágenes, sino por medio de su clara Palabra; la cual él nos dio en forma escrita, y en una forma que cada persona puede entender. El mensaje central es tan sencillo que se puede entender sin estudios extensos: ¡Dios permitió que su amado Hijo Jesucristo muriera en la cruz como expiación por nuestro pecado y culpa! En una frase:

Porque tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna (Jn 3:16).

Para escribir este mensaje, nuestro Dios eligió idiomas que hablaban muchas de las personas en esa época: el hebreo o arameo en la época anterior al nacimiento de Cristo, y el griego después del nacimiento de Cristo. Y con la elección de esas lenguas, Dios tenía claramente como propósito que su Palabra se escuchara en todo el mundo, y por tanto tenía que ser traducida a otros idiomas. Pensemos, por ejemplo, en el fenómeno del paralelismo hebreo (*parallelismus membrorum*), que le permite al traductor llevar la expresión a otros idiomas sin pérdidas graves en el contenido, lo que es diferente de la rima de nuestros idiomas europeos.

En el **Antiguo Testamento** Dios había predicho el advenimiento del Salvador prometido. Como una serie de luces, las promesas de la venida del Salvador atraviesan esa parte de la Biblia. En las palabras del profeta Isaías, por ejemplo, el mensaje de la

⁴El texto latino muestra que con la expresión “oficio de la predicación” (*Predigtamt*) no quiere decir aquí en primer lugar el oficio eclesiástico y los que lo tienen (de esto trata el Art. 14). “institutum est ministerium docendi evangelii et porrigendi sacramenta” = se ha instituido el servicio de la enseñanza del Evangelio y de ofrecer los sacramentos.

⁵ Libro de Concordia. St. Louis: Concordia, 1989 CA V, 1-3, p. 29.

salvación brilla tan intensamente, que la gente ha dicho que es el “quinto” evangelista de la Biblia.⁶ Isaías habla sobre el nacimiento virginal de Emmanuel (Is 7:14) y sobre el sufrimiento vicario del siervo de Dios por nosotros (Is 53:4-7). Ya en las primeras páginas del Antiguo Testamento les fue prometido a los primeros humanos el Salvador, que iba a venir a aplastar la cabeza de Satanás y a destruir su reino (Gn 3:15). Los creyentes del Antiguo Testamento obtuvieron consuelo y fortaleza de esas palabras. Piense en Job, que pudo clamar en medio de la mayor tribulación “*Yo sé que mi Redentor vive*” (Job 19:25).

En el **Nuevo Testamento** se nos informa del cumplimiento de esas promesas. Una y otra vez Mateo, por ejemplo, se refiere en su Evangelio al hecho de que a través de los acontecimientos que él narra, “se cumplió la Escritura” (Mt 2:15 vea 23; 4:14; 8:17, etc.). Y el evangelista Juan nos relata en los discursos de despedida de Jesús lo que el Señor Jesús puso de manera especial en el corazón de sus discípulos antes de su muerte en la cruz (Jn 14–16).

Aquí también el Señor les habla repetidamente acerca del Espíritu Santo al cual va a enviar cuando ya no esté visible en esta tierra. Llama la atención el hecho de que dice una y otra vez que el Espíritu Santo es el “Consolador” (consejero) en este contexto. Eso ocurre cuatro veces en estos capítulos (14:14, 26; 15:26; 16:7). La palabra que en nuestras Biblias se traduce como “Consolador”, en el texto griego es “parákletos”, una expresión que designa al abogado que se llama a ayudar (en latín *advocatus*). La raíz del verbo griego “parakaléo” tiene un espectro de significados sorprendentemente amplio que se extiende de “convocar a/pedir ayuda”, a “llamar a/amonestar”, a “pedir/solicitar” y a “animar/consolar”. Esta amplia gama de significados describe de manera excelente la obra del Espíritu Santo.

De esta manera obra él en nuestros corazones por medio de la Palabra de la Sagrada Escritura. Sin su obra, la buena noticia podría rebotar de nuestro corazón que está endurecido por el pecado, como una piedra. Él nos ayuda para que tengamos la fe que confía en el Salvador. Y procura que nuestra fe no se quede sin frutos, sino que transmita a nuestro prójimo algo del amor que ha recibido por medio de Cristo. Pero, por otra parte, el Espíritu Santo también sostiene la ley de Dios delante de nosotros y nos advierte para que no nos apartemos otra vez de la fe. Como cristianos, también necesitamos que el Espíritu Santo nos sirva constantemente en ese sentido. De esta manera nos impide caer en la arrogancia y la equivocada seguridad.

Y, por último, el Espíritu Santo es también nuestro “*abogado*”, que habla por nosotros como nuestro Intercesor. El apóstol Pablo escribe sobre esto en su Carta a los Romanos: “*Así mismo, en nuestra debilidad el Espíritu acude a ayudarnos. No sabemos qué pedir, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos que no pueden expresarse con palabras*” (Rm 8:26). En ocasiones, cuando en nuestros sufrimientos no podemos encontrar las palabras adecuadas debido a la tristeza y el dolor, el Espíritu Santo interviene por nosotros y lleva nuestra oración y nuestra súplica ante el Padre celestial.

⁶ Hans Möller, *Alttestamentliche Bibelkunde*, 3. Edition, Zwickau 2013, p. 320.

En los sacramentos

Además de la Palabra como medio, también experimentamos el poder del evangelio, sobre todo, a través de los sacramentos. El Bautismo y la Cena del Señor merecen prioridad por encima de otras ceremonias de la iglesia (por ejemplo, la confirmación, las bodas, los funerales), porque fueron instituidos por el mismo Cristo, nuestro Señor. Además, la Palabra es en ellos el factor esencial, “lo principal en el sacramento”, como dice Lutero en el Catecismo Menor. Lo notable, sin embargo, es que aquí la Palabra se une con los signos externos del agua o del pan y el vino. Dios actúa de esa manera, por amor a nosotros, pobre gente, con el fin de hacer que el don que nos da del perdón sea completamente seguro.⁷

En el **santo bautismo** nuestra antigua naturaleza pecaminosa —el viejo Adán— es llevado a muerte, y por medio de Cristo nace el nuevo hombre, que vive en justicia y santidad delante de Dios. El apóstol Pablo dice: “*¿Acaso no saben ustedes que todos los que fuimos bautizados para unirnos con Cristo Jesús, en realidad fuimos bautizados para participar en su muerte? Por tanto, mediante el bautismo fuimos sepultados con él en su muerte, a fin de que, así como Cristo resucitó por el poder del Padre, también nosotros llevemos una vida nueva*” (Rm 6:3 ss.).

El agua que se utiliza en este sacramento nos muestra que nuestro pecado y nuestra culpa son lavados por Cristo, y por lo tanto se eliminan. El apóstol Pedro compara el bautismo con el agua del diluvio en la época de Noé, cuando dice: “*la cual simboliza el bautismo que ahora los salva también a ustedes. El bautismo no consiste en la limpieza del cuerpo, sino en el compromiso de tener una buena conciencia delante de Dios*” (1 Pd 3:21).

Muchos cristianos piensan de esta manera: el bautismo pertenece al comienzo de mi vida como cristiano. Es, por así decirlo, el arranque inicial de mi motor para una vida cristiana. En ese momento volví a nacer y me convertí en una nueva persona. Ahora avanzo en el camino de la santificación; por lo tanto, ya no necesito el bautismo.

Ése es un error peligroso. Porque, al pensar de esa manera, se pasa por alto que mientras, sin duda, el nuevo hombre de fe nace en nosotros en el bautismo, el viejo hombre de pecado se sigue aferrando a nosotros como una sanguijuela en esta vida. Por medio de él, el diablo, junto con el mundo y nuestra carne, trata de seducirnos para que nos volvamos a apartar de Cristo, y con ese propósito nos sumerge en muchos problemas y sufrimientos.

El bautismo no es simplemente un acontecimiento de nuestro pasado, sin significado ahora mismo. Tiene un valor inestimable para nuestra vida diaria como cristianos.⁸ Porque por medio del bautismo, el Espíritu santo quiere hacer esto en nosotros: “*Significa que el viejo Adán en nosotros debe ser ahogado por pesar y arrepentimiento diarios, y que debe morir con todos sus pecados y malos deseos; asimismo, también*

⁷ Cmp. Gottes Geist, KELK-Bekenntnis Teil 3 (Eternal Word, Article III), impreso por Ev.-Luth. Freikirche, Zwickau 2006, p. 26 ss.

⁸ Gaylin Schmeling, Die Taufe—Quelle des Lebens, discurso presentado en el Seminario Luterano en Leipzig, Zwickau 2003, p. 16 ss.

*cada día debe surgir y resucitar el hombre nuevo, que ha de vivir eternamente delante de Dios en justicia y pureza”.*⁹

En las pruebas y las dificultades de la vida diaria, puede suceder que caigamos en el pecado. En su Catecismo, Lutero utiliza la imagen del bautismo como un barco (vea 1 Pd. 3:21). Cuando pecamos, el barco no se rompe en pedazos, *“puesto que, como hemos dicho, el bautismo es una institución de Dios y no es una cosa nuestra. Ciertamente ocurre que resbalamos y hasta caemos fuera del barco; pero, si alguien cae fuera del barco, que procure nadar hacia el barco y sujetarse a él, hasta llegar a bordo y permanecer como antes había comenzado”.*¹⁰

Dios ha prometido: “Aunque cambien de lugar las montañas y se tambaleen las colinas, no cambiará mi fiel amor por ti ni vacilará mi pacto de paz, —dice el Señor, que de ti se compadece—” (Is 54:10). Con Johann Rambach (1693-1735) podemos cantar:

Oh Dios, tu lealtad es grande
Y nunca se terminará;
Que cuando yo extraviado ande
No me abandone tu bondad.
Si yo he pecado frente a Ti,
Tú no te apartes, Dios, de mí.
(CC 441:3)

Al ser llamados cada día por el Espíritu Santo al arrepentimiento, y al volver a nuestro Salvador, podemos ser felices otra vez y comenzar de nuevo todos los días con nuestra vida de santificación. Eso lo hace el Espíritu Santo por medio del evangelio. Por esa razón, se le da apropiadamente el nombre de Consolador.

Pero un Consolador no es un Moisés o un legislador, que atemoriza con el diablo, la muerte y el infierno; es el que puede llenar el apesadumbrado corazón con risa y alegría para Dios, que da buen ánimo debido al perdón de los pecados, que destruye a la muerte, abre el cielo, y hace que Dios le sonría.¹¹

En la **Cena del Señor**, el Señor Jesucristo nos ofrece, con el pan y el vino, su cuerpo y su sangre. Así sella en nosotros el perdón de los pecados. Al poner su propio cuerpo y su propia sangre en nuestra boca, nos da la completa seguridad de que nuestra redención del pecado, la muerte y el diablo es un hecho incontrovertible.

Lutero escribe en su Catecismo Mayor:

Nos acercamos al sacramento para recibir un tesoro, por el cual y en el cual obtenemos la remisión de nuestros pecados. ¿Por qué esto? Porque las

⁹Libro de Concordia, St. Louis: Concordia, 1989, Catecismo Menor, Bautismo, 11,12, p. 363,364.

¹⁰Libro de Concordia, St. Louis: Concordia, 1989. Catecismo Mayor, Bautismo, 82, p. 478.

¹¹ Luther, M. (1999). *Luther's works, vol. 24: Sermons on the Gospel of St. John: Chapters 14-16.* (J. J. Pelikan, H. C. Oswald, & H. T. Lehmann, Eds.) (Vol. 24, p. 115). Saint Louis: Concordia Publishing House. El que “Dios (en Cristo) sonrío sobre” nosotros nos recuerda, dicho sea de paso, el rostro que Dios amablemente dirige hacia nosotros (Dt. 6:24-27, la bendición de Aarón).

palabras están ahí y ellas nos lo otorgan. Porque Cristo nos ordena por eso que se le coma y se le beba, a fin de que ese tesoro me pertenezca y beneficie como una prenda y señal cierta; aún más, como el mismo bien dado por mí, contra mis pecados, muerte y todas las desdichas.¹²

Lo que anuncia el profeta Isaías es válido también para el Sacramento del Altar. “Él fortalece al cansado y acrecienta las fuerzas del débil. Aun los jóvenes se cansan, se fatigan, y los muchachos tropiezan y caen; pero los que confían en el Señor renovarán sus fuerzas; volarán como las águilas: correrán y no se fatigarán, caminarán y no se cansarán” (Is 49:29-31).

La Cena del Señor es el Evangelio prometido de una manera muy personal.¹³ Nuestro fiel Dios conoce nuestra profunda necesidad de seguridad y fuerza en la batalla contra el pecado, contra Satanás, y contra nuestra naturaleza pecaminosa. Por eso nos dice: “Toma y come ... toma y bebe ... para el perdón de tus pecados”.

La certeza del perdón siempre da al creyente y aumenta en él un nuevo poder para una vida confiada y de buenas obras. Con ellas el cristiano puede dar gracias a su Dios y Redentor, sirviendo a su prójimo.

Martín Lutero hace énfasis sobre ello en un sermón:

El Espíritu Santo tiene dos oficios. El primero es consolar y elevar los corazones y las conciencias a Dios, de modo que tengamos la seguridad de que Dios es favorable para con nosotros y le estamos agradando a él, después de que todos nuestros pecados pasados han sido perdonados y nuestras diarias imperfecciones, fallas y caídas han sido borradas. Todo esto por causa de Cristo, nuestro Mediador. Así llegamos a estar seguros de que Dios ya no está enojado con nosotros sino que se muestra misericordioso con nosotros. Ninguna razón humana, ley, ni obra puede lograr esta acción del Espíritu Santo; no, ese honor le pertenece sólo a él, que es tu Consolador.

El otro oficio es hacer que la persona sea audaz y valiente, y la mueva para que confiese a Cristo delante de todos, en contra del mundo y de sus príncipes, para que enseñe, y para que predique. Es decir, para levantar los corazones contra la gente y de nuevo contra toda la ira del diablo. Así como el primer estímulo ocurre delante de Dios, en contra de su ira y de la ley; también este segundo estímulo ocurre delante del mundo, en contra de su ira y su sabiduría. Y esta última audacia sigue naturalmente a la anterior. Después de que el Espíritu Santo les ha dado la certeza de la gracia y el favor de Dios, lleva también rápidamente a esta conclusión: ¿Por qué entonces tienes miedo de una persona? Si Dios es por ti, ¿quién podría estar contra ti? Sé audaz y valiente. Si has vencido la ira de Dios, ¿cuánto más vas a vencer la ira de la gente?¹⁴

¹²Libro de Concordia, St. Louis: Concordia, 1989, Catecismo Mayor, El Sacramento del Altar, 22, p. 481.

¹³ Gottes Geist, p. 39.

¹⁴ Martin Luther, Predigt am Sonntag Exaudi, citado según Walch² 12:1900 ss.

5. El poder de las garantías de Dios

Aquí, al final, me gustaría volver una vez más al tema de la oración. ¿Qué papel desempeña la oración en nuestro esfuerzo por llevar una vida santa según la voluntad de Dios?

Muchos cristianos consideran la oración como el medio más importante en el camino a la santificación. Lamentablemente, no tienen en cuenta que aunque la oración es con toda seguridad una parte muy importante de la vida cristiana, no es un medio de gracia. En los medios de gracia: la Palabra, el bautismo y la Cena del Señor, Dios trata con las personas. Por medio de ellos nos da el don del conocimiento de su gracia y el consuelo del evangelio. Eso no ocurre con la oración. Porque, en la oración, las personas se dirigen a Dios; él no se dirige a nosotros. Le damos gracias a Dios por las buenas cosas que ha hecho, y le pedimos su protección y su bendición. Así que la oración es, sin duda, un fruto importante de la fe, pero no produce la fe y tampoco la preserva.¹⁵

Quisiera ilustrar esto con un ejemplo. Friedrich Brunn (1819-1895), uno de los padres fundadores de nuestra Iglesia Libre Luterana de Alemania, llegó a una fe viva en Cristo cuando era estudiante de teología en Leipzig. Cuando estaba sirviendo como pastor joven en Steeden (cerca de Francfort am Main), pasó por muchas pruebas difíciles. Muchas veces experimentó los altibajos de la vida de fe y sufrió por causa de ello. Recordando su vida, escribió:

Eso me atormentaba mucho. A mi alma le faltaba todavía aferrarse completamente y de manera objetiva a la Palabra de Dios. Toda mi vida de fe se movía en su propia interioridad vacilante. De este modo, muchas veces las pruebas interiores me dominaron hasta el punto de que toda mi lucha y mi oración contra ellas no me ayudaron—sí, precisamente de este modo primero se despertaron tanto que en ese momento pensé que era mejor abstenerme de orar por completo. Entonces me di cuenta una vez más del carácter incompleto de mi estado de fe y me imaginé que tenía que ayudarme contra eso por medio de la oración. Y entonces, un día tomé la decisión de permanecer de rodillas y no levantarme hasta que el Señor me hubiera dado la fe que vence el mundo, como lo promete en su Palabra. Así que de hecho oré la mitad de la noche, comenzando una y otra vez con un nuevo fervor, e imaginé que tenía que arrancárselo a Dios. Finalmente, estaba tan emocionado que llegué a creer que en verdad había vencido. — Pero fue una arremetida completamente infructuosa contra el cielo, y todo en mí quedó de la misma manera. Lo que faltaba era el verdadero punto de apoyo de la fe en la Palabra de Dios.

En aquel entonces, me lamenté delante de él (Karl Graul¹⁶) todo el tiempo respecto a mi alma, mi falta de claridad interna, de firmeza y certeza, de todo mi estado de gracia, de mi sequía y vacío interior, que con tanta

¹⁵ Lyle Lange, *God so Loved the World, A Study of Christian Doctrine*, Milwaukee 2005, p. 379.

¹⁶ Durante 1848-1863 fue el primer director de la Misión Evangélica Luterana en Leipzig.

frecuencia pesaba sobre mí. Me sorprendí mucho cuando, como respuesta, mi amigo Graul respondió: ¡sí, ahora estaba exactamente en la adecuada condición espiritual para llegar a ser luterano! Éste es precisamente el cristianismo luterano: en toda pobreza, oscuridad y tribulación del alma aferrarse a la Palabra y a la promesa de Dios, permanecer firme ahí para que sean estampadas en la persona de la manera más firme, por medio de los santos sacramentos. Por primera vez en mi vida, comprendí en ese momento el significado de la doctrina luterana de los medios de gracia, especialmente de los santos sacramentos, y la encontré tan sencilla y tan clara, que vi que sólo ahí está el verdadero, el seguro fundamento sobre el que uno se puede apoyar. Fue en el camino de la necesidad interna del alma y de la experiencia viva del poder salvador de la doctrina luterana que el luteranismo ganó la victoria para mí y para mi congregación.¹⁷

Lo que aprendió Friedrich Brunn en esa época es importante para cada uno de los cristianos. Es el conocimiento de que no encontramos en nosotros mismos el poder para una vida de santificación. Incluso nuestros esfuerzos más piadosos no nos hacen avanzar en esto. Sostenernos en la fe y producir frutos es algo que sólo puede hacer el Espíritu Santo. Lo hace por medio del evangelio en la Palabra y los sacramentos. A través de esos medios nos recuerda todos los días el perdón de nuestros pecados y nos renueva por medio de esa certeza. Con ellos, nos consuela en todos los reveses y decepciones que experimentamos en nosotros mismos y en los demás. Él nos anima a hacer buenas obras y nos da un espíritu confiado y feliz que nos protege de los malos caminos de la desesperación y de la arrogancia.

En un sentido, nuestras oraciones sí tienen importancia con respecto a la santificación. En ellas, mostramos si estamos buscando el poder para la santificación de nuestra vida en el lugar correcto o no. Si nuestras oraciones están llenas sólo de peticiones y de quejas, ésa es una señal de que de nuevo estamos tratando de tomar el control en nuestras manos. Sólo cuando aprendemos a darle en primer lugar gracias a Dios por todo lo bueno que él ha hecho por nuestro cuerpo y por nuestra alma, la oración comienza a dirigirse en la dirección correcta. Nuestro Señor quiere que tomemos en serio su Palabra. Hemos de aferrarnos a sus garantías y promesas, y “darle un jaloncito de orejas” respecto a ellas, como dice Lutero.¹⁸ Expresiones como: “No temas, que yo te he redimido; te he llamado por tu nombre; tú eres mío” (Is 43:1). O: “Pero Dios es fiel, y no permitirá que ustedes sean tentados más allá de lo que puedan aguantar. Más bien, cuando llegue la tentación, él les dará también una salida a fin de que puedan resistir” (1 Co 10:13). A Dios le gustan este tipo de oraciones y ciertamente las escucha y las responde.

Concluimos con las palabras del Apóstol Pablo:

En verdad, Dios ha manifestado a toda la humanidad su gracia, la cual trae salvación y nos enseña a rechazar la impiedad y las pasiones mundanas. Así podremos vivir en este mundo con justicia, piedad y dominio propio, mientras aguardamos la bendita esperanza, es decir, la gloriosa venida de

¹⁷ Friedrich Brunn, *Mitteilungen aus meinem Leben*, Zwickau 1983, p. 20ss. y 44.

¹⁸ Según el informe de M. Ratzeberger en 1540 en relación con una enfermedad grave de Melanchton (Martin Brecht, *Martin Luther*, vol. 3: *Die Erhaltung der Kirche 1532-1546*, Berlin 1987, p. 210).

nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo. Él se entregó por nosotros para rescatarnos de toda maldad y purificar para sí un pueblo elegido, dedicado a hacer el bien (Ti 2:11-14).

Bibliografía

- Andrés Meléndez, editor. Libro de Concordia. St. Louis: Concordia, 1989
- Luther, M. (1999). *Luther's works, vol. 24: Sermons on the Gospel of St. John: Chapters 14-16*. (J. J. Pelikan, H. C. Oswald, & H. T. Lehmann, Eds.) (Vol. 24). Saint Louis: Concordia Publishing House
- Martin Brecht, Martin Luther, vol. 3: Die Erhaltung der Kirche, 1532-1546, Berlin 1987
- Friedrich Brunn, Mitteilungen aus meinem Leben, Zwickau 1983
- Gottes Geist, KELK-Bekenntnis, Teil 3 (Eternal Word, Article III), English-German, published by the Evangelical Lutheran Free Church, Zwickau 2006
- Lyle Lange, God So Loved the World, A Study of Christian Doctrine, Milwaukee 2005
- Lyle Lange, La Santificación—Vivo en Cristo, en: Enseñanzas de la Biblia Popular, Milwaukee: Editorial Northwestern 2005
- Heinrich Willkomm, Die große Freude, Gedanken über die Taufe, 4th Edition, Berlin 1989
- Hans Möller, Alttestamentlich Bibelkunde, 3rd Edition, Zwickau 2013
- Gaylin Schmeling, Die Taufe—Quelle des Lebens (Baptism—Source of Life), guest lecture at the Lutheran Theological Seminary in Leipzig, Zwickau 2003

Todas las citas bíblicas han sido tomadas de la NVI.

Dr. Gottfried Herrmann, Zwickau (Alemania) 2014
(Le damos gracias al profesor Jim Danell, New Ulm, por la traducción al inglés)